

La BIBLIA para chicos y chicas



La BIBLIA para chicos y chicas



Planeta Junior

ANTIGUO TESTAMENTO



La Creación

Hace muchísimos años, Dios estaba muy solo. No había ninguna de las cosas que hoy vemos a nuestro alrededor. El mundo era como una inmensa caja oscura, fría y silenciosa que no tenía nada en su interior. No había gente, animales, plantas, música... nada.

Entonces Dios creó los cielos y la Tierra. El cielo era un lugar luminoso y lleno de alegría. Pero miró hacia la Tierra y la vio muy triste. Pensó en convertirla en un sitio hermoso y dijo: «Hágase luz». Y la luz apareció de inmediato, iluminando todo lo que iba creando y separando para siempre de las tinieblas. Le puso a la luz el nombre de «día» y a las tinieblas el de «noche».

Todo esto ocurrió el día primero.

Al día siguiente, cuando la oscuridad dio paso a la luz, Dios continuó su obra. Dirigió otra vez su vista hacia la Tierra y dijo: «Que haya firmamento por encima de la Tierra». Y apareció sobre la Tierra un manto azulado, cruzado de vez en cuando por pequeñas nubes blancas.

Era tan hermoso que Dios lo llamó «cielo» porque se parecía al lugar en el que Él vivía con los ángeles.

Así transcurrió el segundo día y llegó la noche.

Al tercer día, la Tierra continuaba cubierta por agua. Dios indicó que se retiraran y se juntaran todas en un solo lugar, para que en otro apareciera todo lo seco. Así Dios llamó «mar» a las aguas y «tierra» a lo seco.

Luego de establecer ese orden de cosas, dijo: «Que en la tierra broten hierbas con semilla y árboles con frutos». Inmediatamente aparecieron pastos verdes, flores de distintos colores y árboles con frutos sabrosos.

Él creó las plantas con semillas y los árboles con frutos para que las semillas y los carozos cayeran en la tierra y volvieran a producir nuevas plantitas.

Cuando llegó el cuarto día, Dios creó los astros, que iban a separar el día de la noche y marcar las estaciones. Desde entonces, el sol sale todas las mañanas por el este, atraviesa lentamente el cielo y se pone a la tarde por el oeste. Es grande, luminoso y su calor ayuda

Dios transformó el mundo: ya no era una caja oscura, sino un lugar lleno de color y de luz.

a que broten las semillas. Y para que el cielo no quedara oscuro por las noches, Él creó la luna, con luz suave y plateada, acompañada por miles de estrellas.

El quinto día, Dios dijo: «Pueblen las aguas los animales y vuelen bajo el cielo las aves». Entonces los mares se llenaron de peces, y el aire, con el canto de los pájaros. Tanto los peces como las aves forman parejas y ponen huevos de los nacerán sus crías. Así cada vez habrá más peces de colores brillantes en los ríos y más pájaros hermosos en los árboles.

Todo esto pasó en el día quinto.

En el sexto día, el Señor ordenó: «Broten de la tierra seres animados, reptiles y bestias». Y aparecieron las vacas, las ovejas, los perros, los gatos y muchos animales más que se alimentaban con lo que Dios había hecho crecer sobre la tierra.

Así Él transformó el mundo: ya no era una caja os-

cura, sino un lugar lleno de color y de luz. Y todo esto lo hizo pensando en quien se convertiría en el rey de la creación: el hombre.

El sexto día, entonces, Dios hizo al hombre: como quería que se pareciera a Él, lo fabricó Él mismo con barro y sopló encima para darle vida. Lo nombró Adán.

Cuando finalizó el sexto día, los cielos y la Tierra estaban terminados.

El séptimo día, con su plan cumplido, Dios descansó. No es que necesitara dormir, como nosotros. Simplemente no hizo nada. Es el día de Dios.

El paraíso terrenal

Cuando Dios creó a Adán lo puso en un jardín muy hermoso, lleno de árboles altísimos, frutos y flores de todos los tamaños y colores, y gran cantidad de riquezas.

El Señor le explicó a Adán que podía hacer todo lo que quisiera. Dios había sido muy bueno con él: le había regalado la vida y un jardín repleto de maravillas. Allí podía pasear por los bosques, bañarse en los ríos y comer las frutas que crecían en los árboles.

Pero Dios le pidió solo una cosa: que no comiera los frutos del Árbol del Bien y del Mal. Si lo hacía, moriría. Adán no se preocupó, ya que era un pedido muy pequeño a cambio de su extraordinaria creación.

Además de dejarlo vivir en ese lugar tan confortable, Dios llamó a todos los animalitos que había creado y los hizo pasar en parejas delante de Adán para que les pusiera nombres. Así, Adán colocó su mano sobre la cabeza de cada pareja y pronunció sus nombres.

Cuando terminó con su tarea, Adán se sintió triste: es que había visto que todos los animales tenían una compañera y él estaba solo. Dios lo observó pero no le dijo nada. Él sabía lo que pasaba en el corazón de Adán. Cuando su hijo se durmió, le sacó una costilla y con ella creó a la mujer. Al despertar, Adán vio que a lado estaba Eva.

La felicidad inundó el corazón de Adán. Tomó a Eva

de la mano y la llevó a recorrer el paraíso para que conociera todos los elementos y seres que Dios había hecho para ellos.

Cuando pasaron frente al Árbol del Bien y del Mal, Adán le explicó a Eva que no tenían que comer nunca de él. No debían hacer enojar al Señor.

La vida era muy hermosa en el paraíso: Adán y Eva jugaban con los animales, disfrutaban del agua cristalina y comían los frutos de los árboles. No existía el miedo, las enfermedades ni el dolor. Pero toda esa felicidad no duraría mucho tiempo.

Un día en que Eva se paseaba por el jardín oyó una voz:

La vida era muy hermosa en el paraíso: no existía el miedo, las enfermedades y ni el dolor.

—¿Así que Dios les ha mandado no comer de los árboles del paraíso?

Eva miró a su alrededor y se dio cuenta de que quien hablaba era una serpiente.

—¡No podemos comer de todos los árboles! Los frutos del Árbol del Bien y del Mal están prohibidos para nosotros. Moriremos si comemos esos frutos —le contestó rápidamente.

—¡No es así! —Se rio la serpiente, y agregó—: Dios sabe que si comen los frutos del Árbol del Bien y del Mal, los hombres se volverán tan sabios como Él. ¡No deben hacerle caso!

Eva dudó. Miró las frutas... ¡Lucían tan deliciosas! Entonces cortó una fruta y la mordió. Luego se la dio a probar a Adán.

Enseguida se dieron cuenta de que habían obrado mal. Y sintieron miedo. ¿Qué les estaba pasando? No conocían ese sentimiento. De pronto se miraron y advirtieron que

estaban desnudos. Tomaron unas hojas grandes y se cubrieron el cuerpo como pudieron.

Apenas había pasado un rato cuando oyeron el llamado de Dios. Pero esta vez no respondieron: buscaron un lugar donde esconderse. Pero el Señor lo ve todo, y volvió a llamarlos:

—¿Por qué no vienen?



—Me escondí porque estaba desnudo —respondió Adán, con voz temblorosa.

—¿Qué significa eso? Hasta ahora solo te importaba verme. ¿Acaso me has desobedecido?

En realidad, Dios le hizo esta pregunta para que Adán confesara. Por supuesto que Dios sabía lo que había sucedido.

—Sí, Señor. Eva me dio una fruta prohibida y yo la comí —se confesó Adán.

—Es verdad —continuó Eva—. La serpiente me engañó y yo le hice caso.

Dios sabía que la serpiente había tentado a Eva por orden de Satanás, el demonio que trabaja para destruir la obra de Dios. En el paraíso lo logró: Adán y Eva le hicieron caso.

El Señor se enojó con Satanás y con la serpiente. También con Adán y Eva, porque se dejaron engañar y no confiaron en Su palabra. Entonces decidió expulsarlos del Paraíso, así se darían cuenta de que el mal le trae muchos problemas al hombre: enfermedades, sufrimiento, miedo y muerte.

Pero como Dios era el padre de Adán y Eva, y los quería mucho a pesar de que lo habían desobedecido, antes de echarlos del paraíso les dio una esperanza: Eva tendría muchos hijos, de los que irían naciendo otros hombres. Y en muchos años nacería un niño que lograría vencer a Satanás para siempre: Jesús, el Salvador del mundo.